

1812: TERREMOTOS DE PERPETUA MEMORIA. ANIVERSARIOS, CONMEMORACIONES Y ACUERDOS PÚBLICOS EN TORNO A LOS SISMOS DEL 26 DE MARZO EN VENEZUELA*

ROGELIO ALTEZ**

CIEN AÑOS ANTES Y CIEN AÑOS DESPUÉS

En la sesión de la Academia Nacional de la Historia del 13 de diciembre de 1911, tres individuos de número de esa corporación propusieron a José Gil Fortoul “para ocupar el sillón letra K”. La propuesta no resultaba ser ninguna sorpresa, pues ya por entonces el famoso historiador contaba con una fructífera trayectoria que incluía largas estancias en Europa y varios libros publicados en imprentas del viejo continente, así como una asidua colaboración en *El Cojo Ilustrado* que le otorgaba un lugar entre los investigadores más renombrados del país. Su obra más importante, *Historia Constitucional de Venezuela*, había sido editada en Berlín entre 1906 y 1908, y hacia 1911 se preciaba de ser una de las publicaciones más reconocidas entre los historiadores del momento.

Sin embargo, no eran estas las únicas razones por las cuales aquella honrosa propuesta resultaba tan coherente como apropiada: pocos días antes, el 5 de ese mismo mes, Gil Fortoul, entonces Ministro de Instrucción Pública en el gobierno de Juan Vicente Gómez, había enviado un oficio a la academia dando noticia sobre el aumento de su presupuesto en cuatrocientos bolívares, destinados “a salvar de la injuria del tiempo” los “periódicos y folletos que existen en su Archivo”, ya por medio de su “encuadernación progresiva”, o bien por “la reproducción impresa” de los mismos. Esta dispo-

* Alcanzo desde aquí un sincero agradecimiento a las personas que colaboraron solidaria y desinteresadamente en la elaboración de este trabajo, pues sin su valiosísima ayuda no habría sido posible: Loly Sanabria (hija del maestro y arquitecto Tomás José Sanabria), y los colegas y queridísimos amigos Edgardo Mondolfi Gudat, Pedro Correa y Andrea Noria. Y al privilegio de contar con la compañía, consejos y lectura de mi esposa, Inés Quintero.

** Antropólogo e Historiador, Profesor Asociado de la Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, Candidato a Doctor en Historia por la Universidad de Sevilla, Premio Nacional de Historia 2011.

sición provenía directamente del *“ciudadano Presidente de la República”*, de acuerdo a lo señalado en el oficio¹. Así, la importante misiva del ministro fue inmediatamente incluida en la agenda de la antedicha sesión del 13 de diciembre de 1911, ocupando el punto N° 2 de su “Cuenta”. La propuesta que ese mismo día sugería a Gil Fortoul como individuo de número se hallaba en el punto N° 4, justo antes de que se leyeran los “informes” rutinarios que daban cuenta de la correspondencia internacional y las donaciones bibliográficas recibidas. Con todo, y sin lugar a dudas, el enjundioso investigador se había reservado un lugar indiscutible entre los académicos venezolanos.

El aumento del presupuesto condujo a que la honorable corporación designara una comisión para que atendiera directa y exclusivamente el asunto. Al efecto fueron nombrados los académicos Marco Antonio Saluzzo, Pedro Manuel Arcaya y Francisco Tosta García, quienes el 17 de enero de 1912 comunicaron muy eficientemente al Director de la academia su “proyecto de Acuerdo” al respecto.² En primer lugar propusieron dividir la suma otorgada en dos porciones, a saber: una para *“conservar los libros, periódicos, folletos y escritos históricos existentes en la Biblioteca de la Academia”*, y la otra para la creación de *“un órgano de publicidad periódica, que se llamará Boletín de la Academia Nacional de la Historia”*. En el boletín comenzarían a publicarse *“los asuntos importantes que se traten en la Academia, así como también los documentos históricos y los estudios de igual naturaleza...”* Con esos objetivos, el primer número vería la luz en menos de dos meses luego de esta propuesta, allá por el 31 marzo de 1912, cinco días después del centenario del *“pavoroso cataclismo”* que echaba por tierra las esperanzas de la Primera República. El boletín asumió la cita conmemorativa y le dio un espacio a la mención de tan infausto suceso.

Hallaron muy pertinente la ocasión para recordar aquel 26 de marzo con un artículo cuyo título reservó los epítetos dramáticos a su contenido: *“El terremoto del año de 1812 y nuestra Independencia”*³. Para el caso se apoyaron en la mención que sobre el asunto hicieran los dos autores que fundaron las “Historias Patrias” de Venezuela y Colombia: Rafael María Baralt y José Manuel Restrepo. Sin mayores precisiones técnicas, refirieron y citaron a los historiadores en cuestión, y dedicaron su escrito a la

¹ La transcripción del oficio fue publicada en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Año I, Tomo I, N° 1, 31 de marzo de 1912, Caracas, p. 5.

² Publicado en el mismo primer número del boletín e inmediatamente después de la transcripción del oficio enviado por Gil Fortoul, ocupando las páginas 6-7.

³ Páginas 69-74. Resulta curioso que en aquel primer número del boletín (el cual ha de haber servido de ensayo para las labores de imprenta periódica a los académicos de entonces), se haya cometido un pequeño error con relación a la numeración de las páginas de este trabajo en el “Sumario” del mismo; el artículo comienza en la página 69, pero en el índice del ejemplar se señala a la página 71 en su lugar.

catástrofe que “*arruinó a varias de las principales Provincias de Venezuela*”, con motivo de “*cumplirse cien años*” de aquella calamidad.

En esas páginas apuntaron a cuestionar la labor de algunos religiosos de la época aduciendo que sus “*prédicas blasfemas*” sólo aumentaban el pavor de los “*sugestionados*” y “*medrosos*”. Pero destinaron la mayor parte de su contenido al cumplimiento de uno de los citados objetivos del boletín: el de publicar documentos históricos de interés, y en este caso le cedieron la palabra “*al implacable realista José Domingo Díaz, célebre denostador de los patriotas en la Gaceta y autor exacerbado en la Rebelión de Caracas*”, obra de la que tomaron el extracto escogido para el caso. De esta manera, y por “*haber sido él testigo de los hechos que narra*”, el anatemizado personaje se alzó entonces (como en el presente y sobre el mismo asunto) con el crédito suficiente para que se entresacara de sus atrabiliarias palabras una referencia que merecía “*ser tomada en consideración, en cuanto puede ser sincero*”.

El artículo, al fin y al cabo, acabó siendo la reproducción íntegra de la narración de Díaz sobre la mítica escena de Bolívar en la esquina de San Jacinto, párrafos que salvan de las llamas al libro del monárquico confeso, pues a pesar de que con ellos pretendió escarnecer al hombre que fue su mayor estímulo literario y su más destacado objeto de confrontación política, pasó a la posteridad en la historiografía nacionalista por haber creado la más célebre frase de todas con las que se conoce la “genialidad” del Libertador: “*Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.*”

Satisfechos los autores del artículo por haber honrado la memoria de aquella aciaga tarde caraqueña, cerraron las comillas de la cita en la página 74 y nada más se pudo saber de ellos. Fue un artículo anónimo, como se estilaba pocas décadas más atrás, en el siglo XIX. Una conmemoración silente y a la vez contundente. Un espacio en el que no se recordó la catástrofe, sino la magnífica escena del Padre de la Patria; una oportunidad para insistir en la manipulación de “*obtusos*” y “*timoratos*” a manos de “*sacerdotes fanatizados*”; unas páginas en las que, una vez más y como ha sido la característica de la historiografía más plana y tradicional, los desastres sólo sirven para descubrir héroes o, en el mejor de los casos, para dramatizar en clave romántica a las tragedias de las sociedades.

Cien años después de aquel 26 de marzo de 1812 cobraba vida nuevamente la escena de San Jacinto en el número 1 del boletín. Cien años más tarde de ese primer número y ya con dos centurias de distancia sobre los temblores de la Primera República, el mismo *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* retoma el compromiso ahora revestido con otras miradas, cuya distancia temporal con ambas cosas otorga

una perspectiva privilegiada y más nutrida de información. En otro centenario, el de la propia academia, celebrado en 1988, ese primer número del boletín fue reproducido en un facsimilar conmemorativo, y por allí volvió a pasar la misma escena pero con mayor silencio, pues no hubo números redondos con los cuales aprovechar el caso.

Anónimo el artículo sobre el terremoto, sólo sumó un anonimato más al lugar de las catástrofes en la memoria histórica de nuestras sociedades; no obstante, este “*desastre*” en especial, llamado así por algunos autores de la historiografía venezolana⁴, ocupa un lugar rutilante en la historia nacional por achacársele la responsabilidad mayor en la pérdida de la Primera República. Su brillo, más allá de la pertinaz tergiversación que le concede una determinante causalidad en el descalabro patriota de ese año, posee una iluminación indeleble: la presencia del Libertador entre las ruinas de Caracas. Otras catástrofes no han contado con tan peculiar designio...

EL SILENCIO DE LAS CATÁSTROFES

Los desastres parecen no tener un espacio reservado en la memoria de las historiografías tradicionales. Embebidas en una persecución interminable tras los pasos de los héroes, los cambios institucionales y las decisiones políticas, las adversidades especialmente asociadas a fenómenos naturales apenas colorean las aventuras de los protagonistas de siempre. Al único desastre al que prestan atención es a la guerra, vista como el escenario que pone a prueba el temple de sus personajes y el pulso de sus plumas. En la lógica interpretativa de esa historia tradicional, los fenómenos potencialmente destructores, como los terremotos, las lluvias, las inundaciones, los aludes y los huracanes, todos ellos de regular comportamiento, parecen pertenecer a la “otra historia”, la de la naturaleza, aquella que no construye héroes. Muy a pesar de la temprana sentencia de Baralt, los “*calamitosos sucesos*” no encuentran espacio en los párrafos de la Historia Patria⁵.

En tanto son entendidos como *hechos* o *sucesos*, los desastres dan cuenta de “tropiezos” en la historia. De esa manera no es posible advertirlos como la expresión paroxística de procesos sociales y de larga duración que se manifiestan a través de sus

⁴ Arístides Rojas, por ejemplo, la llamó “*La Catástrofe de 1812*” (*La Opinión Nacional*, Caracas, 12 de julio de 1879, p. 2); Caracciolo Parra Pérez tituló uno de los capítulos de su gran obra *Historia de la Primera República de Venezuela* (2 Tomos, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1964), como “*Las causas del desastre*”; y el propio Gil Fortoul le llamó “*El Desastre de 1812*” en el capítulo V, Tomo I, de su *Historia Constitucional de Venezuela* (Ministerio de Educación, Caracas, 1953-1954).

⁵ Dijo Baralt: “*Los trabajos de la paz no dan materia a la historia: cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas, o calamitosos sucesos*.” Tomo II, p. 144.

adversidades características. Es por ello que, por ejemplo, siendo Venezuela un país conformado por regiones sísmicas, la historia de los terremotos en relación con la sociedad es un objeto de estudio muy reciente entre los investigadores, y buena parte de los temblores que le han acompañado a través del tiempo, yacen aún entre legajos y anaqueles, esperando por cobrar el protagonismo que de suyo poseen cuando irrumpen de súbito trastocando referentes y cimbrando las enterezas.

La historia de la sociedad que hoy se asume como venezolana contiene una importante presencia de sismos destructores. Todas las regiones identificadas como de “amenaza sísmica” dan cuenta de actividad a lo largo de los cinco siglos de su historia documentada; sin embargo, en el caso del pasado colonial, por ejemplo, esta actividad ha pasado a planos de desinterés historiográfico, a pesar del esfuerzo que en la segunda mitad del siglo XIX hicieran especialistas, documentalistas y curiosos al respecto⁶. El desarrollo de la historiografía contemporánea hizo a un lado a los fenómenos naturales y su comportamiento regular como parte de los procesos sociales, y asumió que su “historia” le pertenece a las disciplinas de las ciencias naturales.

Asimismo, un pasado satanizado como el de la sociedad colonial, a expensas de una historiografía nacionalista afanada en extender en el tiempo las justificaciones que los protagonistas de la independencia expresaran como argumentos ineluctables para la ruptura violenta con la dominación monárquica, resulta desde luego muy poco atractivo al análisis profundo y transversal de sus procesos en general. Los terremotos, sin duda, de poco sirven a estas tendencias, y en el mejor de los casos aparecen como coloridos contornos de los dramas heroicos.

Resulta todo un enigma, además, el hecho de que estos fenómenos infundan tanto temor y al mismo tiempo no ocupen un lugar distinguido entre los objetos de estudio historiográficos o sociológicos. Es ésta una relación contradictoria, pero es, asimismo, el producto de *una forma de historiar* y de *una forma de olvidar*. En ese sentido, los temblores y el resto de los fenómenos naturales potencialmente destructores, parecen hallarse condenados a formas de interpretación en las que su condición de *amenazas* se potencia y exagera, mientras que las *vulnerabilidades* con las que se articulan parecen profundizarse con el paso del tiempo, puesto que ese olvido con el que se representan en la memoria colectiva, les hace crecer como amenaza en relación directamente proporcional con la vulnerabilidad que les padece.

⁶ Además del ya mencionado Arístides Rojas (científico, curioso, coleccionista e historiador), otros dedicaron parte de su tiempo a buscar información sobre terremotos en Venezuela, e incluso a perseguir noticias de los sismos del pasado lejano. De entre ellos destacan Adolfo Ernst, Alejandro Ibarra, Tulio Febres Cordero y Manuel Landaeta Rosales.

Sustraer a los terremotos de los procesos históricos de la sociedad hoy venezolana sólo conduce a negar su presencia y a reproducir su olvido. Con sólo listar algunos temblores en relación con algunas regiones, es posible comprender que la historia de estas sociedades es indivisible de la presencia de esta amenaza. Por ejemplo, en el caso de la región andina, varios temblores ocasionaron trastornos significativos en el pasado colonial (1610, 1673-74, 1775)⁷, del mismo modo que aún quedan por aclarar algunos eventos que se presentan documentalmente confusos o perdidos.⁸ El caso de la región oriental es más prolífico aún, pues se conocen efectos de terremotos para los años 1530, 1629, 1684, 1709, 1766, 1797, 1799 y 1802⁹. Con todo, la historiografía más tradicional jamás tuvo noticias de los temblores de Cumaná en 1629, por ejemplo, pues se trata de un reciente hallazgo de la investigación sismológica (o bien de la investigación histórica de los sismos)¹⁰. De los otros, más allá del testimonio que Humboldt da acerca de 1799, casi no son mencionados, y acerca de este último, una vez más, hay que agradecer la presencia del sabio alemán para dar cuenta de su irrupción. Con ello es posible corroborar que los temblores parecen existir en la historia si algún memorable personaje tiene que ver con ellos. Son memorables los personajes, no la naturaleza.

En el caso de Caracas y La Guaira (ambas localidades dan cuenta de efectos al unísono en todos los terremotos padecidos), se tiene información de los cuatro sismos que les han afectado en estos cinco siglos de historia conocida: 1641, 1812, 1900

⁷ Sobre estos temblores se ha venido estudiando en las últimas décadas, especialmente en Mérida, donde se encuentran algunos de los mejores investigadores de terremotos de Venezuela. Véase, por ejemplo: Carlos Ferrer y Jaime Laffaille, "El Alud Sísmico de La Playa: Causas y efectos del terremoto de Bailadores de 1610", *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 39, N° 1 y 2, 1998, pp. 23-86; Jaime Laffaille, "El gran terremoto de los Andes de 1894: memorias de una destrucción", *El Desafío de la Historia*, N° 12, Caracas, 2009, pp. 56-63; Christl Palme, *Los terremotos de los años 1674, 1775 y 1886 en Trujillo*, Editorial Venezolana C. A., Mérida, 1993; Christl Palme y Rogelio Altez, "Los terremotos de 1673 y 1674 en los Andes venezolanos", *Interciencia*, mayo, vol. 27, N° 5, 2002, pp. 220-226; Rogelio Altez, Ileana Parra y Arlene Urdaneta, "Contexto y vulnerabilidad de San Antonio de Gibraltar en el siglo XVII: una coyuntura desastrosa", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LXXXVIII, N° 352, 181-209.

⁸ Existe mención, en el caso de la región andina, a temblores anteriores a 1610 (el primer sismo destructor de los Andes hoy venezolanos que cuenta con documentación clara al respecto), sin que las referencias sean precisas. Hay indicaciones de daños por temblores en San Cristóbal y Trujillo, en fechas diferentes, por ejemplo, con evidentes efectos en las recientes construcciones que, de una u otra manera han de haber afectado los procesos de asentamientos en aquellas villas y ciudades recién fundadas. Parte de esa documentación ha sido referida en el trabajo de José Grases, Rogelio Altez y Miguel Lugo, *Catálogo de sismos sentidos, y destructores, Venezuela 1530-1998*, Editorial Innovación Tecnológica, Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales-Facultad de Ingeniería, UCV, Caracas, 1999.

⁹ 1 de septiembre de 1530; 4 de mayo de 1684; 19 de julio de 1709; 21 de octubre de 1766; 14 de diciembre de 1797; 4 de noviembre de 1799; 14 de agosto de 1802. Del sismo de 1629 no ha sido posible, hasta el presente, hallar su fecha exacta.

¹⁰ Véase para el caso: Rogelio Altez y Franck Audemard, "El sismo de 1629 en Cumaná: Aportes para una nueva historia sísmica del oriente venezolano", *Boletín Técnico IMME*, agosto, 46, N° 2, 2008, pp. 53-71.

y 1967, destacando que de ellos sólo dos ocurrieron en el pasado colonial, como es obvio. No obstante, poco se toma en cuenta el caso del terremoto del 11 de junio de 1641, más allá de mencionarle de manera aislada o al descuido. Aquel terremoto irrumpió en un contexto en el que la región entera se hallaba en una larga coyuntura desastrosa que sumaba décadas de epidemias, langostas, plagas y un enconado enfrentamiento entre el gobernador, Ruy Fernández de Fuenmayor, y el obispo, fray Mauro de Tovar. Todo ello clama por miradas transversales que analicen la relación entre la sociedad y sus vulnerabilidades, entendidas como la expresión de procesos históricos y no como condiciones naturales.

Los desastres son el resultado de procesos materiales y subjetivos que se producen a través del tiempo, o lo que es lo mismo: *son el resultado de procesos históricos*. En tanto sean entendidos de esta manera, sus manifestaciones dramáticas y paroxísticas comenzarán a ser comprendidas como indicadores de esos procesos, y sólo de esa manera podrán convertirse en objetos de estudio de las disciplinas históricas, para salir del silencio historiográfico al que han sido sometidos. Algunos eventos, sin embargo, resultan privilegiados, como es el caso de 1812, del que se guarda memoria en la Historia Patria por haberle servido de escenario trágico a la supuesta imprecación del Libertador. Poco importa si fue él quien la dijo o si fue una sutil ocurrencia de José Domingo Díaz con el objeto de burlarse de su mayor enemigo; el caso es que le ha venido de perlas a la mitología heroica nacional el hecho de que su más prístino representante haya tenido que ver con la interpretación que de aquella escena elaboró un indoblegable reaccionario.

CONMEMORACIONES PERDIDAS EN EL TIEMPO

El efecto subjetivo que lograra la irrupción de los sismos del 26 de marzo de 1812 tardó mucho tiempo en deslastrarse de las emociones de las gentes. Vivió asido a un recuerdo sensible que paseaba por entre las ruinas de docenas de pueblos y ciudades. Muchas de esas comunidades sostuvieron su presencia de la mano de la celebración de sus aniversarios, los cuales cabalgaron, de una u otra manera, junto a las fechas patrias. De entre sus conmemoraciones pueden observarse muchas que se encuentran a un lado de la *memoria oficial centralizada* (aquella que es conducida desde los intereses del Estado central), o bien sucediendo de la mano de iniciativas locales o regionales, diluidas hoy en medio de la vorágine contemporánea y la maquinaria consumista de la modernidad que acaba levantando una maciza muralla de olvido.

Apenas un año luego de la tragedia, una inusitada respuesta multitudinaria acudía a la convocatoria que el cura de Ocumare de la Costa, José María de Amitezarove, había preparado para el caso. “*Mas de dos mil personas*” acompañaron al religioso en “*el cumpleaños del triste acontecimiento del 26 de marzo de 1812*”. Amitezarove destacó “*el modo devoto y fervoroso con que se practicó la penitencia pública*”, la cual se ejecutaba, como debía hacerse en cada parroquia del Obispado de Venezuela, por disposición de Narciso Coll y Prat, Arzobispo de aquella diócesis¹¹.

A las tres de la tarde del jueves 25 de marzo de 1813 comenzaron las ceremonias. El cura había...

...preparado dos capillas muy bien adornadas en los confines del pueblo y colocado en una de ellas la Imagen de N. S. del Rosario decentemente revestida”. Se dirigió a ella “después de haber andado todo el pueblo rezando en alta voz los quince Misterios con sus meditaciones, de donde después de cantar un solemne salve y tomada la Sra. regresé a la Iglesia cantando con la mayor solemnidad en unión del Pueblo las letanías de la Virgen, concluyéndose este día con Miserere y Sermón.

El viernes 26 fue el día del aniversario, y la conmemoración resulta un acto impresionante, observado doscientos años después e imaginado en aquellas circunstancias:

...se hizo una suntuosa función de Iglesia con Tercia, Procesión, Misa y Oración entre las dos y las tres de la tarde anduvo todo el Pueblo con el Viacrucis, llegué al templo y dispuestas las dos imágenes de Jesús crucificado y de su Santísima Madre del Rosario marché procesionalmente con ellas hacia la otra capilla que estaba algo separada del Pueblo rezando los mismos quince Misterios meditados que en la tarde anterior, donde se predicó penitencia y perseverancia a la misma hora del terremoto; enseguida se cantó Miserere y regresando a la Iglesia principal salve solemne...

Los rituales, rigurosos y en clave de contrición, resultan apropiados y pertinentes al caso. Con más de dos mil personas como asistentes, la escena contribuye a imaginar los actos en otros lugares, especialmente si se toma en cuenta que Ocumare de la Costa, por entonces, no era una localidad que se destacara por su abundante población¹².

¹¹ Toda la información correspondiente a este caso de Ocumare de la Costa, procede de la documentación hallada en el Archivo Arquidiocesano de Caracas (en adelante AAC), sección Apéndices de Parroquias, carpeta 162. Se trata de una carta de José María Amitezarove a Coll y Prat, fechada en Ocumare de la Costa a 30 de marzo de 1813.

¹² Según José Domingo Díaz, Ocumare de la Costa tenía 1.591 habitantes en 1809; 1.663 en 1810; y hacia 1816 contaba con 1.541. Las cifras indican mucha cercanía con la estimación de Amitezarove sobre los asistentes a la ceremonia, de manera que es creíble que a esa conmemoración acudieron todos los que por allí vivían. Los datos de J. D. Díaz se encuentran en su artículo “A los autores y agentes del 19 de abril”, del 21 de mayo de 1817, publicado en la *Gazeta de Caracas*, N° 132, pp. 1027-1034.

El caso de este pueblo llama más aún la atención al observar la calidad de aquella ceremonia: hubo ocho días de ensayo, con músicos contratados al efecto, al igual que peones para cargar las imágenes y encargarse del revestimiento de las capillas. Según el cura, en aquellos días “*recibieron la eucaristía cerca de 900 personas...*”

...así, a la ida como a la vuelta en ambos días, en cada Misterio se cantaba una octava a manera de saeta tan inteligible y patética, que no podían menos que prorrumper en abundantes sollozos los religiosos espectadores, de cuya composición poética y musical tuve la satisfacción de ser el autor –decía Amitezarove– que aunque tosca y sencilla produjo todo el efecto que se solicitaba.

Se trata de la primera conmemoración organizada y pública sobre el 26 de marzo de 1812 que ha podido documentarse hasta el momento, sin que esto obste la existencia de otras, sin lugar a dudas. Ciertamente, el arzobispo Coll y Prat había ordenado algunas disposiciones al respecto desde muy temprano, el propio 31 de marzo de 1812, en medio de las ruinas de Caracas que le habían empujado a refugiarse en el arrabal de Ñaraulí. Entre otras cosas, ordenó que las monjas “*de los dos ministerios Concepciones y Carmelitas*” pasen a “*habitar en caneyes en los suburbios de la ciudad*”; que los curas “*pongan Capillas provisionales o Altares*” en “*los lugares más cómodos y menos peligrosos*” para continuar administrando el pasto espiritual; que “*todos los días sin excepción alguna en las Misas de la Oración... Pro Tempore Terremotus*”; “que se hagan procesiones de penitencia pública en los días, horas y tiempo que tuvieren por más oportuno y provechoso”¹³. Esta disposición fue subrayada de inmediato, luego de haber corroborado la recepción de la orden inicial, especificando lo requerido de forma puntual:

En todas las misas y todos los días desde la Oración Pro Tempore Terremotus omitida la del Papa y continuada la de Nuestra Señora del Carmen, unidas ambas a la única de la Misa de Días clásicos a excepción de los de fiesta de la Santísima Virgen en que sólo se dará la de [ilegible].

Después de las mayores cantase las preces arcependiantes usándose de las que señala el Ritual [ilegible] porque necesitase poniéndose en lugar de la [ilegible] Oración aquella del tiempo de terremotos. Háganse procesiones de rogativa con penitencias públicas cantándose en ellas las letanías mayores y aquellas preces. Y [ilegible] con el mayor fervor exhortar al Pueblo a Penitencia prestándose los sacerdotes con la mayor frecuencia al Pulpito y confesionarios.¹⁴

¹³ AAC, sección Misceláneas, carpeta 114. Decreto del arzobispo Narciso Coll y Prat, Caracas, 31 de marzo de 1812.

¹⁴ AAC, sección Misceláneas, carpeta 114. Decreto del arzobispo Narciso Coll y Prat, Caracas, 5 de abril de 1812. El arzobispo había estipulado que aquellos que “con limosnas o trabajo pensionado contribuyeren a esta obra, concedo 80 días de Indulgencias por cada vez que lo hicieren.”

Está claro que el cura Amitezarove cumplió con lo dispuesto por el arzobispo. Es seguro que no fue el único; sin embargo, las circunstancias de la época, y de los tiempos que se avecinaban, poco espacio a las conmemoraciones habría de otorgar. En adelante pasarían tantas cosas que todo habría de merecer la compunción general y el mayor de los abatimientos.

Diez años más tarde, una ciudad que había sido sumergida en el lamento de la ruina dispuso una conmemoración sobre el aciago 26 de marzo que hubo de cumplirse por mucho tiempo. Mérida, destruida por el temblor de aquella tarde, decidió realizar un acto en honor al Santísimo Sacramento cada año en la memorable fecha, lo cual suscribió en 1823:

...Y en atención á que se acerca ya el veintiséis de marzo, día en que quedó reducida á escombros esta ciudad con el gran terremoto del año de doce, y con cuya ruina hizo voto este Cuerpo de hacer anualmente una fiesta al Santísimo Sacramento, y para que en tiempo se pueda para esto recolectar entre el vecindario y parroquias circunvecinas alguna limosna, acordaron que se comisione cada uno de sus miembros para esta recolección, debiendo ser para esta ciudad todos, y para las demás parroquias quedarán encargados los Alcaldes (...)¹⁵.

La decisión del antiguo ayuntamiento merideño fue rescatada en más de una oportunidad en el futuro, y esto sólo hace pensar en que la memoria del evento retornaba una y otra vez, conduciendo a desplegar estrategias que la volvieran oficial, formal, recurrente:

El Concejo Municipal del Distrito Libertador, en cumplimiento del voto del antiguo Ayuntamiento de Mérida, conmemora el aniversario del 'Terremoto del 26 de Marzo de 1812'; y, para mayor solemnización, excita la piedad de los habitantes de esta ciudad á fin de que concurran á las funciones religiosas que se celebrarán en la Iglesia del Carmen mañana á las 8 a.m. y á las 5 de la tarde¹⁶.

Esto había ocurrido en 1888; pocos años después, en 1894, y apenas unas semanas antes del Gran Sismo de los Andes ocurrido el 28 de abril de ese año, se volvía a suscribir el antiguo acuerdo:

¹⁵ Biblioteca Nacional, Sala Tulio Febres Cordero (en adelante BN-STFC), Colección Tulio Febres Cordero, Hojas sueltas, Documento 551.22-L695-1894, Mérida 6 de marzo de 1894. El acta corresponde al 10 de marzo de 1823.

¹⁶ BN-STFC, Colección Tulio Febres Cordero, Hojas sueltas, Documento 551.22 L695 1888, Mérida, 9 de junio de 1888.

*Conmemoración del Terremoto de 1812.**EL CONCEJO MUNICIPAL DEL DISTRITO LIBERTADOR:**Considerando:*

1º. *Que la conmemoración anual del terremoto del 26 de marzo de 1812 por medio de una función religiosa es obligatoria para este Cuerpo, á virtud del voto hecho por el antiguo Ayuntamiento de esta ciudad, que ha venido cumpliéndose con piadosa exactitud por el pueblo de Mérida.*

2º. *Que no conociéndose el acta ó documento público en que consta tal voto, por la pérdida de mucha parte de nuestros archivos durante la Guerra de la Independencia; y deseando esta Municipalidad fijar en un modo auténtico este hecho notable, reconocido y aceptado por la tradición constante de muchos años, ha hallado en su archivo una acta de Cabildo, de 10 de Marzo de 1823, en que consta de referencia aquel voto público, con ocasión de darle en dicho año el debido cumplimiento.*

3º. *Que tal Acta, aparte su valor como documento público, merece para el efecto indicado plena fe por estar firmado por ciudadanos que fueron testigos presenciales del terremoto de 1812 y tuvieron además participación directa en los negocios públicos de la ciudad por aquella época; y*

4º. *Que está próximo el día 26 de marzo, 82º aniversario de la mencionada catástrofe, y debe preverse, como de costumbre, á ser debida y plural celebración*

ACUERDA:

Art. 1º El Concejo Municipal del Distrito Libertador reconoce el voto solemne hecho por el antiguo Ayuntamiento de Mérida de celebrar anualmente una fiesta al Santísimo Sacramento el día 26 de Marzo; y en tal virtud declara obligatorio su cumplimiento, y dispone la celebración de dicha fiesta en el presente año con la mayor solemnidad posible.

Art. 2º Para debida constancia en lo sucesivo, publíquese por la prensa el acta expresada de 10 de marzo de 1823 y el presente Acuerdo, que será firmado por todos los miembros del Concejo.

Dado en la Sala de las sesiones del Concejo Municipal del Distrito Libertador, en Mérida á seis de Marzo de mil ochocientos noventa y cuatro. Año 83º de la Independencia y 36º de la Federación. (Firmados) El Presidente, P. T. Tapia.- El primer Vicepresidente, Víctor Müller.- El segundo Vicepresidente, Alesio Paoli.- Eloy Febres Cordero.- Francisco Dugarte.- J. Dolores Díaz.- José Pino.- El secretario, Alejandro Baptista¹⁷.

¹⁷ BN-STFC, Colección Tulio Febres Cordero, Hojas sueltas, Documento 551.22-L695-1894, Mérida 6 de marzo de 1894.

Nada les hacía temer que pronto vivirían una situación similar. El terremoto que se les avecinaba también dejaría fuertes huellas en la memoria colectiva de los merideños, y de ello es prueba que, tiempo después, cuando volviesen a retomar la decisión de conmemorar al 26 de marzo, lo hiciesen uniendo a ambas tragedias:

...para la Festividad religiosa conmemorativa de los terremotos de 1812 y 1894, cuyos actos, según lo tiene acordado esta Corporación Municipal, tendrán efecto a las 8 a.m. del próximo 28 de los corrientes, en la S. I. Metropolitana¹⁸.

Esta misma ciudad contribuiría a la memoria del terremoto de 1812 con un referente que, sin lugar a dudas, habrá de ser mucho más perdurable que la celebración religiosa que ya se ha perdido en el tiempo. Ciertamente, en 1895 y luego de los efectos del Gran Sismo de los Andes, se dispuso realizar una obra que recordara a todos el paso de aquel tremendo estremecimiento, y para ello se rediseñó la plaza central de Mérida, hoy Plaza Bolívar. Se construyó en forma de jardín y se decidió colocar en su centro una fuente en la que convergiesen caminerías bordeadas de flores. Para 1907 estaba lista la construcción, y así sobrevivió, con ese diseño y esa intención hasta 1930, cuando fue reformada en el centenario de la muerte del Libertador (mucho más importante que los terremotos), y se le colocó en lugar de la fuente a la estatua ecuestre que hoy se aprecia en ese lugar. En el flanco sur de su pedestal, no obstante, reza lo siguiente:

Mérida, destruida por el terremoto, os dio sin embargo en 1813 quinientos voluntarios, diez y seis cañones, ochocientas caballerías, treinta mil pesos en oro, para liberar a Venezuela.

Allí, entre la exaltación del arrojo y el desprendimiento de los merideños para con su héroe en medio de las ruinas de 1812, se asoma el terremoto de aquel Jueves Santo, sin hacerle mella al Padre de la Patria que todo lo pudo, pero sin desaparecer de su sombra. Hoy es una mención perdida en una ofrenda que hizo a un lado el sentido conmemorativo de aquella plaza, pero que no pudo borrar de la memoria de la ciudad aquel temblor inconmensurable.

¹⁸ Archivo Arquidiocesano de Mérida, Informes Históricos, Sección 41, Caja 3, 1906-1928, firmado por Florencio Ramírez, Mérida, 24 de abril de 1926.

MEMORIA DE SEGUNDO PLANO

El propio año de 1813, mientras el prolijo y respetuoso cura Amitezarove planificaba la ceremonia del primer aniversario del terremoto allá en Ocumare de la Costa, algunos irregulares pensaban en otra cosa. Próximo a los días de carnaval, y en medio de las tribulaciones propias de una ciudad en ruinas y con la guerra en puertas, el Ayuntamiento de Caracas se aprestaba a controlar “el desorden que es propio” de esas fechas, suplicando a Domingo de Monteverde, a la sazón Capitán General de la Provincia, que intercediera al respecto repitiendo el bando que se publicaba “todos los años” por los mismos motivos, que ahora se veían exacerbados por otros argumentos de peso.

Los miembros del Cabildo temían por un carnaval irrespetuoso en medio del luto producido por el terremoto. Solicitaban, en consecuencia, que se vigilara a los inescrupulosos de siempre, siguiendo las normas que, al parecer, no resultaban muy exitosas de acuerdo a la experiencia:

Teniendo en consideración de que sin embargo de que en todos los años, las vísperas del carnaval, se ha publicado bando prohibiendo las carnestolendas en las calles, con aguas, huevos, almidón, pintura y otras especies, de que han resultado enfermedades, abortos y aún muertes, por causa del desorden que es propio; debiendo este I. A. en la estación presente, más que en otra, velar por la vendita pública el que se observen puntualmente las leyes de policía, acordó que con testimonio de esta acta se suplique al señor Capitán General y Jefe Político se sirva mandar se repita el bando de costumbre y que salgan patrullas de armas por toda la ciudad y sus contornos para que celen puntualmente de su observancia¹⁹.

Preocupaba también a los miembros del Cabildo que se llevaran a cabo otros desórdenes en medio de las fechas conmemorativas al 26 de marzo del año anterior, pues ya para el propio carnaval se habían dado cita en la Gran Casa de Sociedad y Concordia, a cargo de don José García, capitán de Granaderos Voluntarios, una serie de “*comedias públicas y otras diversiones que, sobre lo angustiado de las piezas, son de gravísimo perjuicio en las actuales circunstancias...*” Señalaban la escasez de numerario y el hecho de que este tipo de actos representaba un despilfarro inapropiado; pero también aducían la “reunión de todos sexos que propenden en daño de la buena moral cristiana y de trastorno a los fieles”, pues se debía acatar el decreto del arzobispo sobre la rogación de

¹⁹ Tomado del Libro de Actas del Archivo Histórico del Concejo Municipal, Actas 1812-1813, copiado en *Crónica de Caracas*, enero-diciembre de 1966, N° 68-71, p. 68.

penitencia. Pedían a Monteverde, en consecuencia, que le retirase el permiso concedido a García, “prohibiendo estrechamente la representación de comedias.”

La buena memoria, pues, no sólo suponía una evocación ordenada, sino igualmente respetuosa. En todo caso, situaciones como esta incorporaban el recuerdo de la catástrofe por la vía de la moral; en otras oportunidades, la memoria provenía del temor o de las casualidades. Por ejemplo, en 1862, cuando unos pequeños temblores fueron sentidos en Caracas, mucha gente supuso que aquello era premonitor del retorno de los terremotos del Jueves Santo, exactamente cincuenta años después. Al paso salió el matemático y profesor de la Universidad Central de Venezuela, Alejandro Ibarra, experto en el tema y uno de los pioneros de la sismología venezolana, y no contento con una simple explicación acerca de la poca probabilidad de que aquello ocurriera como el común lo presentía, elaboró un escrito en diez entregas que publicó en el periódico caraqueño *El Independiente*, arrancando precisamente el 26 de marzo de ese año.

*El número y sucesión de los sacudimientos que motivan estos apuntes en la equivocada creencia de que así han tenido lugar precediendo á los terremotos de Caracas: el recuerdo del gran cometa de 1811 ó el año anterior al terremoto de 1812, de que hoy hace cincuenta años, unido al del que acababa de visitarnos el año pasado: las equivocadas tradiciones respecto de los terremotos de Caracas con la supuesta repetición regular de estos fenómenos; y finalmente, entre otras cosas mas, las supuestas tradiciones de estas catástrofes cada medio siglo de origen y autoridad desconocidos, son las causas principales del temor que sigue preocupando parte de los habitantes de la ciudad, que espera, según se dice, por este tiempo un terremoto, y sobre las cuales haremos algunas observaciones, fijando antes ciertas ideas y consideraciones generales y particulares que son indispensables para este objeto*²⁰.

Habían pasado cincuenta años y el miedo continuaba allí. Ibarra aseguraba que “nada tiene de extraño este temor entre nosotros”, y que eventualmente se sucedían “epidemias de terror”, las cuales justificaba sin reparos puesto que sabía de ellas “en aquellos pueblos, que por su edad y su civilización están menos excusados que nosotros de padecerlas”, refiriéndose a lo frecuente de estos ataques de miedo infundado que al parecer visitaban a menudo a las ciudades europeas.

El miedo puede ser uno de los factores determinantes en la fundación de memoria. Y quizás en ello se asentaban buena parte de las sostenidas evocaciones al trágico Jueves

²⁰ Alejandro Ibarra, “Temblores y terremotos en Caracas”, *El Independiente*, Caracas, 26 de marzo de 1862, N° 580, pp. 2-3.

Santo. Lamentablemente para la sostenibilidad de la memoria, el miedo no dura para siempre, y con ello, en este caso, se pierden con su desaparición los elementos que se sostuvieron en tanto que memoria colectiva. Sin embargo, el suceso del 26 de marzo de 1812 tuvo lugar, por mera casualidad, en medio de la convulsión política más importante y estremecedora de la historia venezolana, único contexto capaz de dotarle a aquella catástrofe del sentido épico que asumió en la historiografía y en el imaginario nacional.

Por ello, con o sin miedo, 1812 vuelve a la escena una y otra vez, a veces sin motivo aparente, como sucedió en el propio *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* en 1921, cuando se publicó sin explicación alguna una carta enviada a Arístides Rojas por parte de L. M. Buroz, en la que éste le respondía al famoso coleccionista y científico sobre un requerimiento que aquel le habría hecho, por haber sido Buroz un testigo y sobreviviente del funesto temblor. “En fuerte empeño me pone U. con su deseo de que le ponga por escrito mis recuerdos del terremoto de 1812”²¹.

Este intercambio epistolar había tenido lugar hacia 1870, y se publicaba en el boletín habiendo sido tomado del propio archivo de Arístides Rojas, adquirido por Juan Bautista Pérez y Soto, el famoso coleccionista panameño, en 1894 luego de la muerte del científico. El interés de Pérez y Soto en los papeles de Rojas se centró en que allí se encontraba una importante sección de lo que posteriormente acabaría siendo el Archivo del Libertador. Cuando el Estado venezolano obtuviera esta sección para incorporarla al archivo (a comienzos del siglo xx), ya desde 1914 reposaban en la Academia Nacional de la Historia los papeles de Bolívar, de manera que para el 5 de julio de 1921, fecha en la que se decretó que el Archivo del Libertador se depositase en su Casa Natal, los investigadores de la academia pudieron acceder a la importante colección. Esto explica el porqué de la publicación del documento en ese año, al que se le adjuntó al final unas “Notas de letra de Arístides Rojas”, en las que revisaba y corregía algunas de las cosas dichas por su interpelado. El número del boletín en el que fue publicado corresponde al Tomo IV, N° 15, del *31 de marzo* de 1921... No era una casualidad.

Tampoco lo fue que, el 24 de marzo de 1891, don Tulio Febres Cordero, el gran coleccionista e historiador merideño, publicara en *El Lápiz* la historia de Marta, “La loca de Ejido”.

²¹ “El terremoto de 1812”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo IV, N° 15, 31 de marzo de 1921, pp. 315-319.

Después del terremoto, todos los días de Semana Santa, recorría las calles de Mérida, seguida por la turba de pilluelos, una pobre mujer, a quien llamaban la loca de Ejido, que inspiraba a todos los más profunda lástima.

Esta joven que “a pesar del estrago que había causado en su rostro la locura y acaso el hambre, conservaba en todas sus facciones el misterioso atractivo de la simpatía. Pasaba las noches a la intemperie lanzando tristes y desgarradores gemidos sobre las ruinas del antiguo templo de San Francisco”, que había servido de catedral en las ceremonias del Jueves Santo de 1812. Allí sorprendió el temblor a Lorenzo, la causa de su locura y sus lamentos, el amor que, según don Tulio, se despidió de ella en “una antigua hacienda de la villa de Ejido” pocos días antes del terremoto, para ir a Mérida junto a su madre. Sepultado Lorenzo bajo las ruinas de San Francisco, Marta fue a por él en loca carrera desde su casa, incluyendo un día y una noche sin parar, y allí halló a la madre de su enamorado, igualmente desconsolada.

Marta vagó desde entonces y hasta su locura. La encontró la muerte sobre las ruinas del templo, “víctima de una pasión tan profunda como inocente”, de donde la recogieron por orden de la autoridad “casi al terminar la guerra de la independencia”. Mientras aún estaban allí las ruinas de San Francisco, Febres Cordero había dicho que “Nadie se acuerda ya en Mérida de la loca de Ejido”, aunque no faltó su pluma para rescatar su historia en medio de un aniversario más de aquella estremecedora tarde de 1812. No era la memoria de Marta y su pasión lo que se plasmaba allí, sino la de una catástrofe que, de una u otra manera, continuaba sirviendo de inspiración a las miradas que se volvían hacia aquel Jueves Santo cada vez que en el mes de marzo se aproximaba el número 26.

“EL MENSAJE DE SAN JACINTO”

El emblema más característico del 26 de marzo de 1812 lo reflejan las letras de bronce que en la esquina de San Jacinto inscriben la frase atribuida al Libertador aparentemente expresada en ese mismo lugar aquella tarde. Se trata del monumento al terremoto del Jueves Santo que representa la memoria del mismo en la ciudad que más le padeció, material e históricamente. Sin embargo, su origen nada tiene que ver con aniversarios ni conmemoraciones al respecto; no es el temblor el protagonista de esa esquina.

Frente a ese lugar se hallaban la Iglesia y el Convento de San Jacinto; es decir, en el espacio que hoy se conoce como *Plaza de San Jacinto* o *Plaza El Venezolano*. La

historia de la frase allí dignificada en bronce es el penúltimo capítulo en la historia arquitectónica del lugar, aunque esa frase haya sido colocada, se insiste en ello, justo en frente de la plaza en cuestión, tal como si plaza y frase se contemplaran mutuamente. Las ruinas sobre las que Bolívar habría trepado a declamar “su” genialidad, estaban precisamente delante de la pared que hoy exhibe la histórica expresión. Que la frase esté allí donde está fue idea de Rafael Caldera.

En ese espacio que actualmente es una plaza se comenzó a construir el convento de San Jacinto hacia 1595 a manos de la orden de Santo Domingo, y su obra habría sido culminada hacia 1630. Para entonces ya era una construcción con techo de teja y de cierta envergadura, pues contaba con siete capillas, una sacristía, varias celdas, un noviciado y oficinas. Todo esto se vio muy averiado con el sismo del 11 de junio de 1641, y hubo de ser reparado con mucho costo, tardando varias décadas hasta finales del propio siglo XVII²². De manera que puede hablarse de una iglesia y un convento en una misma unidad arquitectónica. En el terremoto del 21 de octubre de 1766 sólo hubo unos pocos daños, pues apenas cayeron unas tejas del campanario. Sin embargo, el sismo del 26 de marzo de 1812 causaría daños determinantes en la edificación: la iglesia vino al suelo y el convento fue severamente arruinado.

La recuperación de aquel destrozo la decidió el gobierno republicano hacia 1827, mudando despachos al lugar y aprovechando parte del convento como cárcel pública. Allí fue a dar Antonio Leocadio Guzmán, acusado de reo de Estado en 1846, y de allí salió con un “destierro perpetuo” de corta duración poco tiempo después. Siendo su hijo presidente de la nación, Antonio Guzmán Blanco, decidió echar al suelo la cárcel y levantar allí un monumento dedicado a la figura de su padre, y es por eso que la Plaza San Jacinto obtuvo el nombre de Plaza El Venezolano, en honor al título del célebre periódico fundado por su padre en 1840 con el que fundó también al Partido Liberal.

Con la misma decisión de echar al suelo la cárcel, se ordenó construir allí un mercado, el cual tardó en levantarse hasta 1897. Fue una obra importante en la transformación urbana de Caracas iniciada por Guzmán Blanco, y su estructura era de hierro, como lo indicaba la moderna arquitectura de la época. Este edificio obtuvo una importante reforma en 1928, cuando se le incorporaron equipos de refrigeración, los cuales fueron colocados en una segunda planta baja elaborada para el caso (se sustituyó la base original por una losa de concreto con rayos de acero). El éxito del

²² Por ejemplo, hay información de solicitud de ayuda para la redificación de la iglesia y el convento hacia 1670, por parte de representantes de la orden dominica en Caracas, en el Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 221.

mercado fue decayendo y en 1942 comenzó a desmantelarse, destinando sus partes a la construcción de otras obras, como el Mercado de Catia, por ejemplo²³. Para 1953 fue finalmente destruido.

Será el cuatricentenario de Caracas la excusa para renovar el sitio, y al efecto se escogió a quien mejor podría ejecutar la idea al respecto: Tomás José Sanabria, Premio Nacional de Arquitectura en 1965. *“Fue la primera obra que me permitió actuar en Diseño Urbano en el Centro de Caracas”*, diría el maestro²⁴. Hacia 1967, precisamente, la plaza era utilizada como estacionamiento y se trataba *“de un bloque urbano de gran valor en Caracas, muy abandonado y con gran potencial”*²⁵. Sanabria preparó para el caso una de sus importantísimas tesis, numerada como “Tesis 57”, y proyectó la transformación del lugar para...

*...dignificar el entorno de la Casa Natal del Libertador. Se propuso expropiar la manzana central y mantener las fachadas, así como el Pasaje Linares y preservar la fachada del Banco de Venezuela. Se crearon dos ejes peatonales partiendo de la bella fachada del Palacio Arzobispal y de la esquina de Trapos. Se creaba una plaza emulando el criollo espacio que antes existió, desarrollándolo con materiales de primera calidad*²⁶.

La transformación de la plaza fue estimulada por el aniversario de la ciudad y por ello se trató de un proyecto políticamente condicionado. De allí que se inaugurara antes de que su autor se hallase satisfecho con los propios resultados. En ese contexto, el de la fiebre cuatricentenaria, actuará la Sociedad Bolivariana de Venezuela, quizás gracias al hecho de que su sede se halla sita a pocos metros del lugar, en la propia “cuadra

²³ Véase el trabajo de Mónica Silva, “Foreign Iron in Venezuelan Architecture: Modern Building Technologies at the End of the Nineteenth Century”, en Malcolm Dunkled, James W. P. Campbell, Hentie Louw, Michael Tutton, Bill Addis y Robert Thorne (Editores), *Proceedings of the Second International Congress on Construction History (Volume 3)*, Exeter: Short Run Press, 2006, pp. 2907-2925.

²⁴ La cita está tomada de la página <http://www.tomasjosesanabria.com/>, sitio dedicado a la obra de Tomás José Sanabria elaborado y mantenido por su hija, Loly Sanabria. En el sitio se encuentran detalles y referencias a los “Libros Negros” del maestro, los cuales “son una serie de cuadernos de hojas blancas que papá utilizaba para anotar, dibujar y analizar las acciones y propuestas que tenía en mente en todos los proyectos.” De esas notas está tomada la frase inserta en el texto más arriba. “En la Colección Sanabria contamos con 21 Libros Negros que verán reflejados en cada proyecto bajo el código LN y su número correspondiente a continuación.” Sanabria fue llamado por el presidente del Centro Simón Bolívar en el propio 1967 para que rediseñara la plaza. La solicitud no resultaba un capricho pues el Premio Nacional de Arquitectura lo ganó, como se dijo, un año después (1965) de haber inaugurado la sede del Banco Central de Venezuela en 1964.

²⁵ Libro Negro N° 97, p. 7.

²⁶ Esto forma parte de los “Fundamentos” del proyecto, el cual se encuentra codificado bajo el número SA P-336 1967 en los archivos de Sanabria. El maestro también proyectó la recuperación de este espacio hacia el año 2008, y su propuesta la clasificó bajo el número SA P-580 2008. El resultado que se aprecia en la actualidad no parece tener nada que ver con las ideas originales del gran urbanista.

de Bolívar”, con lo cual acabó interviniendo directamente en la obra de la plaza. Su intervención al respecto legó un referente icónico en el imaginario de los caraqueños, puesto allí con el tino de un político lo suficientemente hábil como para haber sido más tarde presidente de la república por dos oportunidades.

Desde que fue creada el 23 de marzo de 1938 (por decreto del Ejecutivo Nacional y bajo la firma de Eleazar López Contreras), la Sociedad Bolivariana será, como muchas otras instancias y personajes de la historia venezolana, uno de los entes que ha de arrogarse la potestad de pontificar todo cuanto tenga que ver con el Libertador, en su apoyo o en su defensa. De este vicio se haya desbordada la historia política de Venezuela...

En el número 92 del 28 de octubre de 1967 (el día de San Simón), la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela* insertaba un pequeño artículo titulado “El mensaje de San Jacinto”. Su autor, Rafael Caldera, se refería a la restauración de la Plaza de San Jacinto como “una de las escasas obras del cuatricentenario de Caracas”²⁷. Otorga el crédito de la transformación de la plaza a Mauro Páez Pumar, miembro de la Sociedad Bolivariana, “quien se empeñó en el arreglo del lugar, indispensable para darle perspectiva a la Casa de Bolívar y sus inmuebles contiguos, sedes de la Sociedad Bolivariana y el Museo Bolivariano”, decía Caldera. De seguidas, el socialcristiano más emblemático de Venezuela, aseguraba que “no encuentro testimonio mejor para Bolívar” que aquella frase “mal intencionada y con frecuencia mal interpretada”, entresacada de la obra del “amargado historiador realista”, quien fuera “el más enconado de sus enemigos”.

Apoyó Caldera sus argumentos en la obra de Santiago Key Ayala, el importante historiador y documentalista venezolano de la primera mitad de siglo XX, quien también habría opinado sobre el asunto:²⁸

En las ruinas de San Jacinto, Bolívar es formidablemente humano. Es el hombre, fuerte por la conciencia de lo que puede frente a la naturaleza. El carácter en medio del pánico. El valor genial frente al miedo. La fe, de frente a la duda. Los hechos le dieron toda la razón. Nunca al parecer apóstrofe más jactancioso, fue mejor justificado.

Para Rafael Caldera era ésta la oportunidad de renovar “el mensaje de San Jacinto”. Entendía el político, por entonces en plan de liderar la oposición y proyectarse hacia

²⁷ El artículo en cuestión se publicó entre las páginas 480 y 482 del mencionado número.

²⁸ Se trata de *Vida ejemplar de Bolívar*, Ediciones Edime, Madrid, 1942.

el que sería su primer mandato, que “Hay mucho por hacer. El país nos invita”, y veía en la naturaleza una oportunidad pues con ella hay que “luchar”, “dominarla, conquistarla, coordinarla, unificarla, enderezarla a su propia superación”; no obstante, creía que esto no iba a resultar fácil, especialmente “por la incapacidad evidente” de comprender y dirigir al país que él observaba para aquel momento.

La “genialidad” atribuida al Libertador no contaba por entonces con ninguna objeción²⁹. Caldera pensó que en ese lugar, la pared este del Banco de Comercio, justo en frente de la Plaza San Jacinto, resultaba ideal para plasmar un homenaje al héroe de todos los venezolanos. La restauración de la plaza era la oportunidad de “sacar para nuestros oídos y los de las generaciones que nos sigan, la renovada evocación del mensaje de San Jacinto”. Y para ello dispuso sus esfuerzos la Sociedad Bolivariana.

El mural fue inaugurado el mismo día de San Simón, 28 de octubre de 1967, en el que veía la luz el número de la revista en donde apareció el escrito de Caldera. El acto contó con toda la solemnidad que el compromiso sugería. Entre otros y encabezando a los asistentes, acudió el Presidente de la República, Raúl Leoni; se hicieron presentes también los miembros del Consejo de Ministros; los embajadores de Perú, Colombia, Panamá y Ecuador, y el cónsul de Bolivia; el Deán del Cabildo Metropolitano; los obispos auxiliares; presidentes y representantes del Concejo Municipal del Distrito Federal y del Concejo Municipal del Distrito Sucre; los rectores de las universidades y presidentes de las academias nacionales; miembros del Alto Mando militar; los integrantes de la Sociedad Bolivariana; y “*Los oficiales, clases y soldados del Escuadrón de Lanceros que lleva el nombre del glorioso Negro Primero*”.

Fue llamado el “Gran Mural Bolivariano de la esquina de San Jacinto”, y con ese nombre, en la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, justo al número siguiente donde se publicó el artículo de Caldera sobre la célebre frase, se realizaba una reseña del acontecimiento³⁰.

El 28 de octubre, día de San Simón, de 1967, Año Cuatricentenario de Caracas, estuvo de fiesta, con singular solemnidad, la esquina de San Jacinto, pocos pasos al Norte de la Casa Natal de El Libertador. En esa especial ocasión se procedió a

²⁹ He planteado en varias ocasiones que esta frase, creada por José Domingo Díaz, tuvo por objeto desacreditar la escena y señalar a Bolívar como un desquiciado enfurecido con las fuerzas de la naturaleza, una especie de artimaña sutil a través de la cual presentar a su enemigo como un ser insensato. Véase al respecto: *El Desastre de 1812 en Venezuela. Sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba*, Universidad Católica Andrés Bello-Fundación Empresas Polar, Caracas, 2006; y *Si la naturaleza se opone... Terremotos, historia y sociedad en Venezuela*, Editorial Alfa, Caracas, 2010.

³⁰ N° 93, 17 de diciembre de 1967, y el escrito figura entre las páginas 559 y 564.

*la inauguración de un gran mural alegórico, colocado en el muro Este del edificio construido en esa esquina por el Banco de Comercio S. A., prestigiosa institución mercantil de la capital*³¹.

La nota proseguía describiendo el mural, y hacía énfasis en el espacio en donde se había colocado: *“una superficie poco común de más de 200 m²”*. Como se sabe, pues el mural continúa allí, encabezan la inscripción los seis escudos de los países bolivarianos: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá. Sobre un muro *“totalmente revestido de travertino”*, los escudos colocados miden *“1,20 m. de alto y fueron ejecutados en alto relieve en bronce patinado en tonalidad verdosa”*; los nombres de los países se hallan debajo de cada uno de ellos. Un asta, también de bronce y de seis metros de alto, fue ubicada sobre cada uno de esos escudos, *“rematada por una réplica a escala, de la punta de lanza usada por los llaneros de Páez en Carabobo”*³². Sobre la izquierda *“se colocó un alto-relieve circular de 3 metros de diámetro, réplica fiel, salvo en sus dimensiones, del alto-relieve de El Libertador, por el famoso escultor francés David d’Angers, tomado de un modelo de 16 cm. de diámetro, fundido en la época de Guzmán Blanco...”*³³

En letras de 40 cm. fue colocada la frase que Díaz puso en labios de Bolívar: *“Si se opone la naturaleza lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”*. La ceremonia, *“de intenso contenido bolivariano”*, inició a la 1:00 de la tarde, cuando llegó Leoni acompañado de su esposa doña Menca. Un escuadrón de aviones de la Fuerza Aérea sobrevoló la ciudad en señal de saludo, y una representación de cadetes procedentes de cada una de las escuelas de las Fuerzas Armadas se hallaban apostados en torno a la plaza. Encima del muro, justo sobre el asta que cada escudo lucía por entonces y parados en firme, fueron destacados sendos cadetes para el caso. Todos los edificios y localidades de la zona, especialmente los de la “Cuadra Bolívar”, enarbolaron la bandera nacional.

Al momento de la inauguración se adelantó el presidente Leoni hasta la figura que reproduce el medallón de Bolívar y lo descubrió quitando un pabellón venezolano que le revestía. Luego lo izó en el asta correspondiente mientras se oían las notas del himno nacional. *“Igual protocolo fue seguido para el izamiento de las demás Banderas Bolivarianas”*.

³¹ “Inauguración del Gran Mural Bolivariano de la esquina de San Jacinto”, p. 559.

³² Según la nota, la lanza original sobre la que se basaron para las réplicas, era propiedad de Páez Pumar, quien la obtuvo por donación de Manuel Vicente Rodríguez Llamosas, “descendiente del héroe de las Queseras del Medio.”

³³ El gentil propietario que cedió el medallón fue el Coronel Tomás Pérez Tenreiro, miembro de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, desde luego.

El “Gran Mural Bolivariano de la esquina de San Jacinto” fue financiado por el Banco de Comercio y por el Dr. Juan Bernardo Arismendi. La empresa TEC S. A. (arquitectos del banco), prestó la asesoría técnica, y *“la elaboración y colocación de los bronce”* fue conducida por la Fundación Horizonte, *“todo ello bajo la coordinación ad-honorem del mencionado Dr. Páez Pumar”*. Por supuesto, el mismo coordinador dio el discurso inaugural: *“No fue, no, un vano pronunciamiento, éste de San Jacinto, sino una promesa de quien sabía poder ejecutarla”*. Aseguró, además, que *“allí queda grabada en noble bronce, para las sufridas generaciones de hoy, esta inmortal frase...”*

A la derecha del gran mural se observa una inscripción recordatoria del sentido original atribuido a la “genial imprecación”:

Afirmación de fe en el futuro por el Libertador frente a este sitio sobre escombros del Convento de San Jacinto, al cesar el terremoto del 26 de marzo de 1812.

Allí en esa esquina de San Jacinto, el noble bronce de las letras esconde la única verdad de su existencia. Fue una frase pensada para identificar al Libertador con los impíos y extravagantes revolucionarios de entonces, cuyo destino acabó siendo uno completamente opuesto: la dignificación de Bolívar ante la imperturbabilidad de la naturaleza, con un alcance histórico memorable. Memoria que, por cierto, nada tiene que ver con el terremoto.

Declarada Monumento Histórico Nacional el 17 de octubre de 1977,³⁴ la cuadra San Jacinto obtuvo otro premio en 1998, cuando el Instituto de Patrimonio Cultural (IPC) la declarase “Bien de Interés Cultural”³⁵. En el año 2010 le tocó al gobierno bolivariano estampar su firma en el histórico sitio, siguiendo las huellas de sus lejanos antecesores y aportando su impronta al infortunado lugar, como si eso le hiciese falta. Levantaron allí un obelisco rojinegro de 47 metros de alto sobre una base de 2,40 metros de diámetro, el cual simboliza, según un comunicado del IPC, el proceso que se inició el 19 de abril de 1810 y que continúa dos siglos después, porque doscientos años no es nada... Han solicitado, por cierto, que a esta columna en forma de obelisco no se le llame “obelisco”, sino “monumento”, en forma de “elemento vertical”³⁶.

³⁴ Según *Gaceta Oficial* N° 31.341.

³⁵ Véase la tesis doctoral de Mariolly Dávila Cordido, *Estudio para la valoración y recuperación del patrimonio arquitectónico religioso venezolano a través de técnicas digitales. Iglesia de San Jacinto, caso de estudio*, Programa de doctorat en Comunicació Visual en Arquitectura i Disseny, Universitat Politècnica de Catalunya, 2011.

³⁶ La autorización para la construcción del monumento la otorgó el IPC con fecha 28 de enero de 2010, y el comunicado fue publicado en el mes de abril en la propia plaza.

Con todo y sus galardones, el intervenido espacio atesora un pasado vinculado a los temblores de Caracas que yace tras el “elemento vertical” bolivariano, la obra de Sanabria, el irrespetuoso estacionamiento, el moderno y abatido mercado, el defenestrado monumento a Antonio Leocadio, la húmeda cárcel, y el empeño evangelizador de los religiosos dominicos. Con las honras a Bolívar, el “mensaje de San Jacinto” sepultó el pasado telúrico del lugar.

MEMORIA EN MÚLTIPLOS DE CINCO

Las conmemoraciones en el mundo moderno, por lo general, se entretajan en torno a número redondos. Un atractivo especial lo ejercen los múltiplos de cinco en este juego de evocaciones que aparentemente cobra sentido sólo si se trata de aniversarios que enhebran fechas de cincuenta en cincuenta. Los terremotos de 1812 han alimentado estas celebraciones, y ello sin duda tiene lugar (como parece haber quedado claro), por haber ocurrido en medio de la vida de Bolívar. Le pasó al Libertador, antes que a Caracas, a otras ciudades, o a la propia sociedad. Y como fue así, los terremotos de ese año forman parte de la historia... sin mayores exageraciones: forman parte de la historia de la independencia, y no necesariamente del resto de la historia de estas regiones hoy venezolanas.

El cincuentenario del 26 de marzo no fue muy lucido para estos terremotos. No hubo grandes evocaciones oficiales ni se vieron inmiscuidos en medio de otras celebraciones. Su protagonismo se redujo al temor, al miedo que entre los caraqueños surgió por el hecho de que en el mes de febrero de 1862 unos temblores tuvieron lugar en la ciudad capital, y la proximidad al mes de marzo y a la coincidencia de cumplirse por entonces los primeros cincuenta años del Jueves Santo, condujo a que los habitantes de la ciudad se abrazaran al rumor de que los sismos se repetirían.

Como se refirió anteriormente, el profesor Alejandro Ibarra se vio estimulado por este temor colectivo y publicó en el periódico caraqueño *El Independiente* la respuesta al rumor: se trató de un artículo que más bien es un tratado sobre terremotos, el cual representa, sin lugar a dudas, una de las obras más importantes en la historia del pensamiento sismológico de Venezuela. En su escrito, que se publicó en diez entregas sucesivas entre ese mes de marzo y el mes de abril, aclaró que tales temores debían ser absolutamente infundados, y para el caso explicó no sólo las causas de los terremotos (en buena medida con nociones muy adelantadas para la época), sino que tranquilizó a los lectores acerca de la probabilidad de que un terremoto destructor ocurriese por casualidad en esas fechas.

*Después de este terremoto han hecho muchos temblores en Caracas, en distintas épocas, y aunque algunos bien fuertes, no hay motivo, por lo que se ha dicho, para considerarlos, por esto, como el efecto de una causa desarrollada con posterioridad á él, siendo constante la tradición, respecto de los temblores y de su frecuencia en Caracas, desde los primitivos pobladores de este país. Por manera que los temblores en Caracas ni su frecuente repetición deben alarmarnos, considerándolos como precursores de alguno grande, ó como el de 1812; así porque mas de una vez ha temblado de este modo y nunca ha sucedido á semejantes temblores un terremoto, según las tradiciones y la historia, como porque tampoco en otras ocasiones y en que han sido mas frecuentes y mayores que en Febrero de este año, no se ha alarmado, como ahora, la población*³⁷.

De los cincuenta años de los temblores de 1812 sólo se conoce esta referencia. Sin embargo, el centenario les hizo tomar un protagonismo muy interesante, pues su recuerdo contó consólido reflejo en varios espacios. Uno de los ejemplos que viene al caso (pues ya contaba suficiente experiencia en la conmemoración de estos temblores), tuvo lugar en Mérida, a estímulo del obispo e historiador Antonio Ramón Silva, quizás uno de los más preocupados en sostener los rituales para casos por el estilo: “*Costumbre laudable es la de celebrar misa solemne y exposición del S. Sacramento durante todo el día, por una calamidad pública, ó a petición de los fieles por una necesidad, apuro o tribulación, por la salud de alguna persona, ó por el alma de un finado el día del aniversario de su muerte, después de las mismas rezadas o de Réquiem*”³⁸. El acto siguió las costumbres que al respecto se habían ejecutado desde antiguo.

*En Catedral celebró de Pontifical el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo, se expuso el Santísimo Sacramento todo el día; y por la tarde, después de Letanías mayores y demás preces, ocupó la cátedra sagrada el mismo Sr. Obispo. En las demás iglesias hubo también exposición del sacramento durante todo el día*³⁹.

En la ciudad de San Felipe, otra de las más afectadas por el temblor de aquel Jueves Santo, se tuvo en cuenta la memorable fecha desde la publicación *Recortes*, y tocó al escritor Genaro Zumeta redactar un texto al efecto. Lo hizo, según dijo, refiriendo a

³⁷ “Temblores y terremotos en Caracas. (Continuación)”, *El Independiente*, Caracas, 4 de abril de 1862, N° 588, pp. 3-4.

³⁸ BN-STFC, Colección Tulio Febres Cordero, *Boletín Diocesano*, Diócesis de Mérida, Mérida, 01-may-1912, N° 5, p. 1. El boletín fue fundado por el propio obispo Silva (sirvió como tal desde 1895 hasta 1927). Este comentario se anexa a la nota sobre la celebración del centenario de los temblores del año 12.

³⁹ Ídem.

“las narraciones que nos hicieron nuestros padres y nuestros mayores”, confesando, además, que “esta reseña de pasados y lejanos tiempos, no está basada en documento histórico alguno”. Su descripción de los hechos contribuyó, insospechadamente, a la creación de la leyenda que supone a San Felipe como la “Pompeya de Venezuela”,⁴⁰ pues en ella sostiene que el río Yurubí arrasó con la ciudad luego de un alud torrencial producido por la obturación de su cauce aguas arriba, represamiento que, precisamente, habría ocasionado la violencia del temblor⁴¹.

No había qué comer, el río Yurubí había dejado de correr en lo absoluto (...). En la noche del 29 al 30 de marzo cayó un copiosísimo aguacero, y al amanecer oíase un ruido fuerte en la cercanía del Yurubí, que llenó de pavor a la gente. Las aguas de este río, paralizadas en su corriente por el terremoto, rebalsaron y rompieron los diques que las contenían. Salieron de madre inundándolo todo. Las calles cubiertas de escombros no daban pase a las aguas, que se desparramaron causando daños y algunas víctimas. (...).⁴²

Siguiendo esta versión, y luego de unas excavaciones realizadas en las ruinas del fuerte que existió en la ciudad, la leyenda se reforzó al interpretar que algunos de los cuerpos hallados en el lugar representaban la prueba irrefutable de los efectos del alud, pues se aseguró que esos restos estaban intactos, incluso en la misma posición en las que habrían sido arrasados por el desbordamiento del río⁴³.

Las leyendas sirven de memoria, y no necesariamente para la reconstrucción de los hechos, y esto lo tuvo claro Zumeta. Para muchos, en San Felipe y en cualquier otro paraje venezolano, lo de 1812 fue casi una leyenda, un mito que sirvió de escenario a las proezas de un héroe que aún no le era, pero que muy bien ha podido serlo para la fantasía nacionalista de la historiografía acrítica.

⁴⁰ Curiosamente, se dice que quien le denominó de esta manera fue nada más y nada menos que Mauro Páez Pumar, el mismo que promovió la colocación de la frase con letras de bronce que luce la esquina de San Jacinto.

⁴¹ Sobre esto se discute en *El Desastre de 1812...*, citado anteriormente, donde se asegura, de la mano de la investigación documental y la visita de campo a la zona que, por un lado, no existe ningún documento contemporáneo que dé cuenta de un alud cercano a la fecha y, por el otro, que parece materialmente imposible que un alud con esas características haya dejado al resto de la ciudad en pie, la cual se ubica (ahora y entonces) entre la garganta del río y el fuerte en cuestión.

⁴² Genaro Zumeta (bajo el seudónimo AtemuzOraneg, que refleja su propio nombre y apellido escritos al revés), “1812, tristes remembranzas”, en *Recortes*, Semanario Popular, San Felipe, 26 de marzo de 1912, pp.2-3.

⁴³ Véase, por ejemplo: Rafael Pineda, *San Felipe El Fuerte: La Pompeya de Venezuela*, San Felipe, Imprenta Oficial del Estado, 1972.

En Caracas el centenario tuvo una buena repercusión en los periódicos. *El Universal*, por ejemplo, publicó en la primera plana del 28 de marzo una nota sobre teorías de terremotos con todo e ilustraciones⁴⁴. Al día siguiente, el recuerdo del desastre vino del vecino país, y no necesariamente de su capital:

De la Concepción (Colombia) a Caracas, el 26 de marzo de 1912 – Las 5 p. m.

Honorable Municipalidad de Caracas.

*Al rememorar hoy sublime imprecación Bolívar en cataclismo esa ciudad, saludamos ese pueblo*⁴⁵.

La nota estaba acompañada de la respuesta caraqueña:

De Caracas a la Concepción (Colombia), 28 de marzo de 1912.

Señores Santos Carvajal, Milciades Wilches, Solón Wilches, etc.

La Municipalidad de Caracas agradece cordialmente saludo que ustedes le dirigen a este Pueblo al rememorar imprecación de Bolívar en el cataclismo del 26 de marzo de 1812.

El Presidente,

*H. Rivero Saldivia*⁴⁶.

Fue la “imprecación” el motivo del cordial saludo, aunque el cataclismo lograra colarse en el telegrama. Aquella frase, la misma de las letras de bronce y que había sido llamada como “apóstrofe jactancioso” por Santiago Key Ayala, fue siempre el ícono del 26 de marzo de 1812 en Caracas. Con una ilustración que se llevó la portada entera, *El Cojo Ilustrado* conmemoró el “cataclismo” con el propio Key Ayala como autor. “Dentro de pocos días habrán transcurrido cien años justos del acontecimiento, y es buena la oportunidad de refrescar en la memoria de nuestros compatriotas la impresión de la catástrofe, por vía de saludable advertencia”⁴⁷. Pensaba el célebre historiador, y con adelantado acierto interpretativo, que “El hombre, por lo general, perece en los macroseísmos, bajo los escombros de su propia obra, levantada con olvido o menosprecio de los esfuerzos a que ha de resistir, con descuido de los avisos de la historia y de las prevenciones de la ciencia”.

⁴⁴ “Nuevas teorías sobre los terremotos”, *El Universal*, 28 de marzo, p.1. Se trata de una nota anónima.

⁴⁵ “Centenario del terremoto”, *El Universal*, 29 de marzo, p.1. En este caso es la transcripción de ambos telegramas. El de Colombia estaba firmado por varios personeros de la localidad.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ “Apuntes sobre el terremoto de 1812”, *El Cojo Ilustrado*, 15 de marzo de 1912, pp. 157-161.

Cincuenta años más tarde la conmemoración fue más sutil, casi silente. En este caso la ciudad que sirvió de estímulo al recuerdo fue Barquisimeto, y el espacio que le dio vida a la evocación fue, una vez más, el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. “En la historia sismológica de Venezuela ningún fenómeno telúrico influyó en el proceso histórico del país como el registrado el 26 de marzo de 1812”. Así lo decía Lino Iribarren-Celis, el escritor larense que apuntó en más de una oportunidad a la historia militar venezolana. Pensaba que el sismo había sido un “*hecho fortuito y, naturalmente, ajeno a la voluntad del hombre*”. Sin embargo, le otorgaba al efecto del temblor en Barquisimeto la causa directa del éxito de Monteverde en la campaña de reconquista.

Se preciaba de plegarse al “*rigor científico de la historiografía moderna*”, desde el cual podía interpretar, “*de un modo objetivo*”, el resultado de “*la fatalidad irresistible de los hechos*”. Para Iribarren-Celis la caída militar de Barquisimeto (donde “*quedó enterrada la pólvora entre los escombros del cuartel*”), significó “*la caída de la Primera República*”. Era su conclusión sobre el asunto, y a través de tal conjetura la ciudad crepuscular adquiriría un protagonismo inusitado en el asunto, y el terremoto, factor determinante en su casualidad, contribuyó con el caso, aunque subrayaba que, con o sin temblor, la caída de “*la llave de Occidente*” habría sido decisiva de cualquier manera:

*Pero la historia, en verdad, no es lo que pudo haber sucedido, sino lo que se consumó en los hechos concretos, ya como fruto del azar o como realización de la voluntad humana o bien como efecto de otras complejas determinantes en el orden de las manifestaciones del proceso vital que sigue toda sociedad histórica*⁴⁸.

Eso fue todo lo que pudo rescatarse del sesquicentenario del 26 de marzo de 1812. No obstante, y como se vio, el recuerdo del fatal suceso reapareció con el cuatricentenario de Caracas, y con ello se garantizó un referente material en la memoria colectiva de todos los caraqueños. Cinco décadas más tarde, el terremoto más importante de la historia venezolana celebró su bicentenario, y para ello contó con menciones de toda índole.

⁴⁸ Lino Iribarren-Celis, “La destrucción de Barquisimeto por el terremoto de 1812 como una de las causas que determinaron la caída de la Primera República”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo XLV, N° 177, pp. 37-41.

CON UN LUGAR EN LA HISTORIA

El lunes 26 de marzo de 2012 se cumplieron doscientos años de aquella tarde de Jueves Santo. Por fin, los temblores de la Primera República contaron con una conmemoración propia, sin disputarse el protagonismo con héroes ni ciudades, logrando ser el objeto fundamental de los actos que a la sazón le fueron dedicados. Por primera vez el recuerdo de estos temblores contó con una organización de alcance nacional y de proyección internacional, y para ello hubo de desplegarse el esfuerzo de la institución que se dedica al estudio, análisis y prevención de la amenaza sísmica en Venezuela: FUNVISIS, la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas.

Creada exactamente cinco años después del sismo de Caracas del 29 de julio de 1967 (al que han llamado “terremoto cuatricentenario”) y como una consecuencia de aquel evento, FUNVISIS no sólo celebró el bicentenario de 1812, sino que ha venido estudiando los efectos de aquellos temblores desde hace muchos años. Por ello, y por la envergadura del hecho dentro de la historia sísmica venezolana, la institución preparó un encuentro consagrado a la memoria del 26 de marzo: las VI Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica⁴⁹, que comenzaron el mismo día 26 y se celebraron en Caracas. Al acto de inauguración asistieron los ministros de Educación, de Ciencia y Tecnología, y de Cultura, así como otros miembros de sus gabinetes. Luego de las palabras inaugurales (a cargo de Jorge Arreaza, el ministro de Ciencia y Tecnología), con la formalidad que de suyo convoca un acto al que acuden miembros del ejecutivo nacional, comenzó el evento, el cual ha sido históricamente un encuentro académico entre investigadores vinculados al área del estudio de los desastres y de las amenazas naturales, fundamentalmente.

Sin embargo, en esta ocasión, estando la convocatoria en manos del gobierno nacional, las jornadas contaron con una notable asistencia de miembros de diferentes grupos de Protección Civil, o bien de organizaciones comunitarias que han dedicado sus energías a la mitigación de las amenazas naturales. Esto le dio al evento un carácter mixto, en donde el discurso académico eventualmente se entrecruzó con las inquietudes más comunes. Asimismo, fueron invitados expertos nacionales e internacionales, y la reunión duró tres días consecutivos.

⁴⁹ Las primeras tuvieron lugar en Trujillo, en 1997; las segundas en Mérida, en el año 2000; las terceras en Caracas, en el 2002; las cuartas en Trujillo, nuevamente, en el 2004; las quintas volvieron a Mérida, en el año 2009. En todas ellas FUNVISIS participó en la organización en coordinación conjunta con la Universidad de Los Andes o con la Universidad Central de Venezuela.

Tres museos se dispusieron para la conmemoración: el Museo de Arte Contemporáneo, en donde se realizaron las jornadas en cuestión; el Museo de Ciencias, que ofreció la exposición titulada “¡Muévete: La tierra está viva!”; y la Galería de Arte Nacional, que presentó un ciclo de conferencias durante todo el mes de marzo titulada “El terremoto de Caracas de 1812: Dos siglos después”. FUNVISIS participó en la organización de todo esto, contando con la coordinación de su actual presidente, Víctor Cano, y en colaboración con cada una de esas instituciones. El propio 26 de marzo, además, el Centro Nacional de Historia sorprendió a todos con un “Foro Popular” en la propia esquina de San Jacinto, donde acudieron algunos historiadores convocados para el caso y expusieron sus ideas y opiniones sobre lo ocurrido allí en 1812.

Por otro lado, la Universidad Central de Venezuela también organizó un evento dedicado a la memoria de los temblores de la Primera República. En efecto, el Programa Coordinado para la Mitigación de Riesgos Ante Desastres Socionaturales, COMIR, adscrito al Rectorado, en conjunto con la organización Cáritas de Venezuela, Cáritas France Secours Catholique, y la Comisión Europea para la Ayuda Humanitaria y Protección Civil, prepararon el Foro “1812-2012: Doscientos años de vulnerabilidad sísmica”, con invitados nacionales e internacionales, igualmente. Allí expuso, entre otros, Monseñor Baltasar Porras, Arzobispo de Mérida, quien preparó una “Homilía por el Bicentenario del terremoto de Mérida del 26 de marzo de 1812”, siguiendo la tradición merideña de recordar la tragedia de aquel Jueves Santo desde la convocatoria de la iglesia. Dijo monseñor en su homilía:

El terremoto del 26 de marzo de 1812, nos evoca a través de las narraciones anteriores, la vulnerabilidad, la fragilidad de la vida humana ante las catástrofes naturales, a lo que se aúna el ingrediente de la intervención de los vivientes: construcciones frágiles, viviendas inadecuadas por sus materiales o ubicación; en fin, nos topamos con el componente humano que hace más frágil o resistente, la eventualidad de cualquier género. (...)

Esta tarde, a las cuatro de la tarde, resonarán todas las campanas de los pueblos merideños, pararecordarnos la tarea que tenemos en procurarnos una cultura de prevención y solidaridad. Toquemostambién las campanas de nuestra inteligencia y voluntad para pedir al Altísimo que nos conceda lagracia de tener el coraje y la valentía de ser siervos buenos y fieles, dispuestos a dar lo mejor década uno de nosotros por la construcción de la paz, de la calidad de vida, de la fraternidad que nosabra el camino a la sonrisa, a la esperanza.

Desbordado de programas de radio, desplegado entre páginas enteras en los periódicos de circulación nacional, mentado en docenas de conferencias especializadas, misas y discursos políticos, el 26 de marzo de 2012 levantó una escenografía múltiple y colorida, no siempre complementaria aunque sí en clave de celebración pública, intervenida por el telúrico calor de las disputas políticas del presente. Fue la primera vez que el histórico Jueves Santo alcanzó tan descollante figuración, sin duda; no obstante, la clave de ello fue, ciertamente, la febril diatriba de la confrontación ideológica. No fue una conmemoración plena de reflexividad y evocación, sino una fecha más que señaló una oportunidad, un lugar en el calendario que, al amanecer siguiente, dejaría un recuerdo puntual del día de ayer, de cada acto, de cada lugar, de cada personaje. Pocas horas después, el 26 de marzo de 1812 volvería a colgar su recuerdo en el bronce silente y noble de la esquina de San Jacinto. La oportunidad de una memoria colectiva transparente se la llevó la fragilidad que hoy caracteriza a la sociedad venezolana.

Un contexto políticamente convulso es, indefectiblemente, el entramado esencial de las grandes catástrofes. Ojalá que la casualidad no estampetan pronto sus caprichos de costumbre y atraviere, justamente sobre esta coyuntura, uno de esos fenómenos naturales que, de cuando en cuando, hace valer su cita histórica con los procesos sociales, para recordarles a todos que la mayor de las vulnerabilidades se lleva por dentro y se expresa por fuera, material y subjetivamente.

Con todo, los sismos del 26 de marzo de 1812 ya tienen un lugar en la memoria colectiva de los venezolanos. Con consciencia crítica o en letras de bronce, aquellas escenas *representan al desastre más importante de su historia*. Es de desear que sigan ocupando ese mismo lugar eternamente, y que no sean desplazados por otra catástrofe que tenga como testigos o víctimas a todos aquellos que vivieron de cerca su colorido bicentenario.

FUENTES DE INFORMACIÓN:**REPOSITORIOS DOCUMENTALES CONSULTADOS**

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Sección Apéndices de Parroquias, carpeta 162; y Sección Misceláneas, carpeta 114.

Archivo Arquidiocesano de Mérida, Informes Históricos, Sección 41, Caja 3, 1906-1928.

Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 221.

Biblioteca Nacional, Sala Tulio Febres Cordero, Colección Tulio Febres Cordero, Hojas sueltas.

CONSULTAS EN LÍNEA

<http://www.tomasjosesanabria.com/>

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

Altez, Rogelio, *Si la naturaleza se opone... Terremotos, historia y sociedad en Venezuela*, Editorial Alfa, Caracas, 2010.

Altez, Rogelio, *El Desastre de 1812 en Venezuela. Sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba*, Universidad Católica Andrés Bello-Fundación Empresas Polar, Caracas, 2006.

Altez, Rogelio y Franck Audemard, "El sismo de 1629 en Cumaná: Aportes para una nueva historia sísmica del oriente venezolano", *Boletín Técnico IMME*, agosto, 46, N° 2, 2008, Caracas, pp. 53-71.

Altez, Rogelio; Ileana Parra y Arlene Urdaneta, "Contexto y vulnerabilidad de San Antonio de Gibraltar en el siglo XVII: una coyuntura desastrosa", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LXXXVIII, N° 352, Caracas, pp. 181-209.

Baralt, Rafael María y Ramón Díaz, *Resumen de la Historia de Venezuela*, Desclée de Broker, Brujas-París, 1939.

Buroz, L. M., "El terremoto de 1812", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo IV, N° 15, 31 de marzo de 1921, Caracas, pp. 315-319.

Caldera, Rafael, "El mensaje de San Jacinto", *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, N° 92, 28 de octubre de 1967, Caracas, pp. 480-482.

"Centenario del terremoto", *El Universal*, 29 de marzo, Caracas, p.1.

Dávila Cordido, Mariolly, *Estudio para la valoración y recuperación del patrimonio arquitectónico religioso venezolano a través de técnicas digitales. Iglesia de San Jacinto, caso de estudio*, tesis doctoral, Programa de doctorat en Comunicació Visual en Arquitectura i Disseny, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 2011.

Díaz, José Domingo, "A los autores y agentes del 19 de abril", *Gazeta de Caracas*, N° 132, 21 de mayo de 1817, Caracas, pp. 1027-1034.

"El terremoto del año de 1812 y nuestra Independencia", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Año I, Tomo I, N° 1, 31 de marzo de 1912, Caracas, pp. 69-74.

Ferrer, Carlos y Jaime Laffaille, "El Alud Sísmico de La Playa: Causas y efectos del terremoto de Bailadores de 1610", *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 39, N° 1 y 2, 1998, Mérida, pp. 23-86.

Gil Fortoul, José, *Historia Constitucional de Venezuela*, Ministerio de Educación, Caracas, 1953-1954.

Grases, José; Rogelio Altez y Miguel Lugo, *Catálogo de sismos sentidos, y destructores, Venezuela 1530-1998*, Editorial Innovación Tecnológica, Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales-Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1999.

Ibarra, Alejandro, “Temblores y terremotos en Caracas”, *El Independiente*, Caracas, marzo-abril de 1862, artículo de diez entregas.

“Inauguración del Gran Mural Bolivariano de la esquina de San Jacinto”, *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, N° 93, 17 de diciembre de 1967, Caracas, pp. 559-564.

“Informe de la Comisión nombrada por la Academia Nacional de la Historia para abrir el concepto acerca del oficio anterior”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Año I, Tomo I, N° 1, 31 de marzo de 1912, Caracas, p. 6-7.

Iribarren-Celis, Lino, “La destrucción de Barquisimeto por el terremoto de 1812 como una de las causas que determinaron la caída de la Primera República”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo XLV, N° 177, Caracas, pp. 37-41.

Key Ayala, Santiago, *Vida ejemplar de Bolívar*, Ediciones Edime, Madrid, 1942.

Key Ayala, Santiago, “Apuntes sobre el terremoto de 1812”, *El Cojo Ilustrado*, 15 de marzo de 1912, Caracas, pp. 157-161.

Laffaille, Jaime, “El gran terremoto de los Andes de 1894: memorias de una destrucción”, *El Desafío de la Historia*, N° 12, Caracas, 2009, pp. 56-63.

“Nuevas teorías sobre los terremotos”, *El Universal*, 28 de marzo, Caracas, p.1.

“Oficio del ciudadano Ministro de Instrucción Pública al ciudadano Director de la Academia Nacional de la Historia”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Año I, Tomo I, N° 1, 31 de marzo de 1912, Caracas, p. 5.

Palme, Christl, *Los terremotos de los años 1674, 1775 y 1886 en Trujillo*, Editorial Venezolana C. A., Mérida, 1993.

Palme, Christl y Rogelio Altez, “Los terremotos de 1673 y 1674 en los Andes venezolanos”, *Interciencia*, mayo, vol. 27, N° 5, 2002, Caracas, pp. 220-226.

Parra Pérez, Caracciolo, *Historia de la Primera República de Venezuela*, 2 Tomos, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1964.

Pineda, Rafael, *San Felipe El Fuerte: La Pompeya de Venezuela*, Imprenta Oficial del Estado, San Felipe, 1972.

Porras, Baltasar (Arzobispo de Mérida), *Homilía por el Bicentenario del terremoto de Mérida del 26 de marzo de 1812*, hoja volante, Foro “1812-2012: Dosecientos años de vulnerabilidad sísmica”, Programa Coordinado para la Mitigación de Riesgos Ante Desastres Socionaturales, COMIR, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 22 de marzo de 2012.

Rojas, Arístides, “La catástrofe de 1812”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 12 de julio de 1879, p. 2.

Silva, Mónica, “Foreign Iron in Venezuelan Architecture: Modern Building Technologies at the End of the Nineteenth Century”, en Malcolm Dunkled, James W. P. Campbell, Hentie Louw, Michael Tutton, Bill Addis y Robert Thorne (Editores), *Proceedings of the Second International Congress on Construction History (Volume 3)*, Exeter: Short Run Press, 2006, pp. 2907-2925.

Zumeta, Genaro (bajo el seudónimo Atemuz Oraneg), “1812, tristes remembranzas”, *Recortes, Semanario Popular*, 26 de marzo de 1912, San Felipe, pp. 2-3.